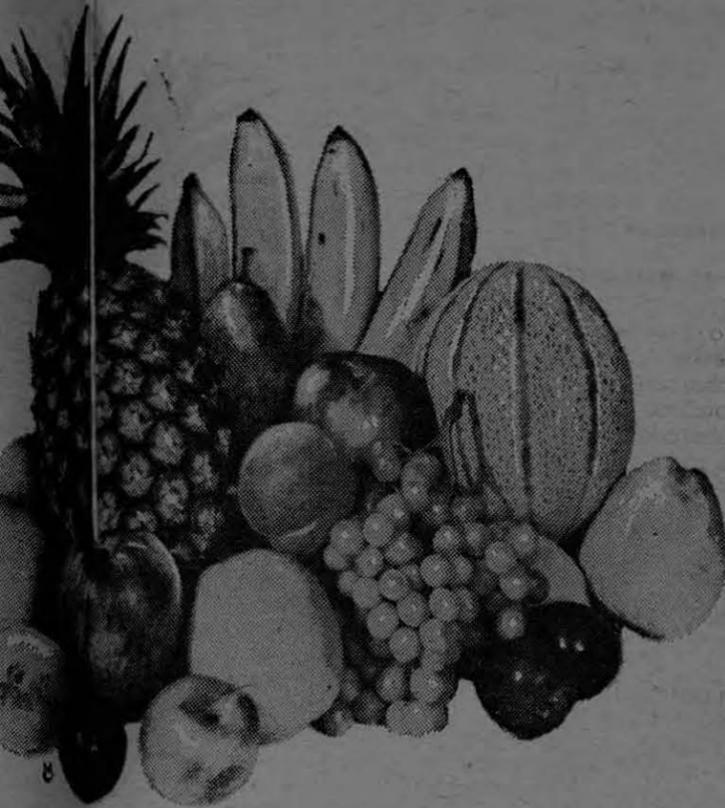




# NAVIDAD



## AS CON

### Arros con Pollo

El pollo. 1 taza de alberjas.  
 1/2 libra de arroz. 1 cebolla.  
 2 cucharadas de manteca. 2 tomates.  
 2 chiles dulces. Sal.  
 2 ajos pelados. Pimienta.

La vispera se deja bien adobado el pollo, tanto por fuera como por dentro. Al día siguiente se pone una cacerola al fuego, con la manteca (o mantequilla, si se prefiere), cebolla, ajo, tomate, todo bien picado; cuando esté bien frito, se agrega el pollo partido en pedacitos, se le agrega un poquito de agua hirviendo para que suavise. Aparte se lavan y se ponen a cocinar en una ollita las alberjas, hasta que estén suaves. Se lava el arroz y cuando el pollo se ha suavizado, se agrega el arroz y las alberjas, junto con el agua en que ésta se han cocinado, echándole, si es necesario, más agua, hasta que se cubra bien todo, y un chile pelado y partido en tiritas. Y cuando esto empiece a hervir, se tapa y se deja un rato más a fuego lento. Se deja guacho o seco (como se prefiera).

### QUEQUITOS DE MAIZENA

1/2 libra de maizena. 1/2 taza de azúcar.  
 1/4 libra de mantequilla. 2 huevos.  
 1 cucharadita de royal.

Se bate la mantequilla junto con el azúcar, hasta formar una crema. Se le agregan los huevos, uno a uno, y por último la maizena junto con el royal (sin cernir). Se vacía en moldes pequeños debidamente engrasados, llenándolos hasta la mitad y se meten en el horno caliente. Son muy ligeros para asar.

### Cebollitas Avinagradas

20 cebollitas pequeñas. 1/2 botella de vinagre.  
 Pimientas enteras. Sal.  
 Se limpian las cebollas y se les forma una crucecita (con un cuchillo) en la parte inferior. Se pone a hervir el vinagre con sal al gusto y pimientas, y cuando hierve se le agregan las cebollitas, dejándolas hervir hasta que se sacquen.

Se retiran del fuego y se dejan enfriar. Ya frías, se envasan.

### Buñuelos de Elote.

5 elotes. 3 huevos.  
 3 cucharadas de harina. 1 cucharada de mantequilla.  
 5 cucharaditas de azúcar. 1 cucharadita de royal.  
 2 cucharadas de maizena. 1/2 vaso de leche.  
 Azúcar molido.

Se raspan los elotes y se muelen bien; se le agrega la leche y se ponen en una cacerola al fuego, moviéndolos constantemente para que no se peguen, hasta a esta espese. Se retira del fuego, se agrega la mantequilla derretida y los yemas. Se pasa la maizena por el cernidor junto con la harina, sal al gusto y el royal, y se agrega el elote, revolviéndolo bien, y por último se agregan las claras batidas, uniéndolas bien. En una sartén con manteca bien caliente, se van echando con una cuchara montoncitos, para que se frian, y luego se espolvorean con azúcar molido.

### PASTELITOS DE PALMITO

1 palmito. 2 tazas de harina.  
 2 cucharadas de azúcar. 2 cucharaditas de royal.  
 1 cucharada de manteca. 1/2 cucharada de sal.  
 1 cucharada de mantequilla.  
 sal. Pimienta.

Se pasa por el cernidor la harina junto con el azúcar, la sal y el royal, sobre tabla de amasar; luego se le agregan la manteca y la mantequilla, uniéndolas muy bien con un cuchillo y se le va agregando agua hasta formar una pasta suave.

Se asa en el horno el palmito y cuando esté suave se deja enfriar. Se saca entonces de la cáscara, se condimenta con sal y pimienta. Se extiende la pasta con el bolillo dejándola bien delgada; se corta con un corta-pastas redondo. Sobre una de estas rueditas, se coloca un poquito de palmito y se tapa con otra ruedita, uniéndolas formando pluchitos alrededor. Y así se siguen formando los pastelitos hasta concluir y se colocan en cazolejas debidamente engrasadas, uniéndole encima a los pastelitos, yema de huevo, se meten en el Horno bien caliente.



### ENSALADA DE FRIJOL VERDES Y PAPAS

1 libra de frijoles verdes. Y papas.  
 Vinagre. Aceite. Sal y pimienta.  
 1 cebolla. 1 ramita de perejil.

Se ponen a cocinar los frijoles en agua hirviendo, junto con la cebolla y el perejil, hasta que estén suaves; entonces se les agrega sal al gusto, dejándolos hervir otro rato para que se tome la sal. Se lavan las papas y se ponen a cocinar en agua hirviendo (sin pelar). Cuando están suaves se retiran del fuego, se sacan del agua y se dejan enfriar, y luego se cortan en tajadas delgadas. Se escurren los frijoles y se colocan en el centro de un bonito platón colocando las papas alrededor, con gusto, y después se bañan con el vinagre con aceite, sal y pimienta. Al gusto.

### ENSALADA DE AGUACATE

Los aguacates (escójense bien buenos).  
 Sal Aceite, Vinagre. Pimienta. Cebollitas tiernas.  
 Se pelan los aguacates, se parten en rodajas finas y se colocan en la ensaladera. Se les riega aceite, luego vinagre; se espolvorean de pimienta, colocando encima las cebollitas cortadas en rueditas.



### TAMALITOS DE VERDOLAGA

1/2 libra de masa. 1 chile dulce.  
 1/2 libra de carne de cerdo. 2 cebollas.  
 2 cucharadas de manteca. 2 ajos.  
 2 tomates. Sal y pimienta.  
 Salsa inglesa. Semillas de chiverre.  
 Las verdolagas.  
 Hojas de plátano y amarras para envolver los tamalitos. La carne de cerdo ha de estar salada.

Se pone al fuego una olla con una cucharada de manteca, una cebolla y un ajo bien picados; luego se les agrega la verdolaga bien lavada, sin los tallos y picada, dos tomates pelados y en pedazos y sin semillas, la mitad del chile dulce picado, semillas de chiverre, sal y Salsa Inglesa al gusto, y la carne de cerdo molida, y se deja hasta que estén suaves las verdolagas. Un poquito de masa se remueve junto con una cebolla y un ajo agregándole sal y pimienta al gusto; luego se revuelve con toda la masa, agregándole una cucharada de manteca. El otro chile dulce se soaza y se parte en tiritas. Luego se forman los tamalitos, de la manera siguiente: Sobre la mesa de trabajo, se extiende una hoja de plátano, colocando en el centro de ella, un poco de masa (calculando el tamaño que se quiera para los tamalitos), se coloca sobre la masa un poquito de verdolaga preparada, se le pone encima una tirita de chile dulce soazado; y se envuelve y amarra el tamalito. Ya formados todos los tamalitos se ponen a cocinar en una olla de agua hirviendo.

### SESOS

Los Sesos. 1 cucharada de manteca.  
 Jugo de Limón. Salsa Inglesa. Cebolla. Perejil.  
 Sal. Pimienta.

Se ponen los sesos en agua fría, durante diez minutos. Luego se lavan bien, después de haberles quitado los pellejitos. Se colocan en una ollita, a cocinar en agua hirviendo, con sal, pimienta y jugo de limón al gusto, durante diez minutos. Ya cocinados, se retiran del agua y se escurre; se majan y se les agrega la manteca, jugo de limón y Salsa Inglesa, al gusto; perejil y cebolla, bien picaditos. Se condimentan con sal y pimienta, revolviéndolo muy bien todo.

### Pan Minuto con Sesos.

Pan al Minuto. Sesos. Perejil.

Estas deliciosas boquillas se preparan de la manera siguiente; Se parten los bollitos por la mitad, al través; se cubre con Sesos cada mitad. Y si se tiene comodidad, póngase en una fuente sobre hielo, y adórnese con perejil.

### Sopa de Plátanos

Caldo para 8 personas. 3 plátanos.  
 Currarés, (verdes.)  
 Manteca.

Se pelan los plátanos y se cortan en tajaditos muy delgadas; se ponen a freír en manteca muy caliente. Ya frías se majan muy bien y se vacían en el caldo que ha de estar hirviendo; se tapa y se deja hervir a fuego lento hasta que estén suaves.



### ENSALADA DE FRUTAS

Piña. Naranja. Bananos. Mangos. Papaya. Marañoses. Lechuguitas Tiernas. Salsa Mayonesa.

Se pelan todas las frutas; se dividen en gajitos las naranjas, y las demás frutas se pican en tiritas largas (como del tamaño de los gajos. Se arreglan, con arte, en la ensaladera, adornándolas alrededor con las lechuguitas.

La mayonesa se sirve aparte (en la salsera).





:- BELEN :-

José, el carpintero, era de estirpe real; descendía en línea recta de David, la rama del pueblo judío escogida para darle al mundo el Redentor.

Era originario de la ciudad de Belén, en la Judea. Allí estaba empadronada, desde sus padres y sus abuelos, la familia.

Como aquel año el edicto del César Augusto había ordenado un nuevo empadronamiento general de todos los súbditos de su imperio, José hubo de dirigirse a Belén. Lo acompañó en el viaje María. Para ella era un viaje penoso el ir desde Nazaret. Pero sentía como un mandato en su alma que le ordenaba acompañar a su esposo.

Llegaron a Belén aquel día. Eran dos desconocidos. Fueron a la casa del empadronamiento. Las gentes no les miraron siquiera, o si lo hicieron fue con completa indiferencia.

Sin embargo, aquella era la mujer a quien el arcángel de la Anunciación había llamado "llena de gracia y bendita entre todas".

Tarde ya, cuando caía el Sol en el ocaso, terminaron sus quehaceres y dispusieron pasar la noche en la ciudad pues la luz no les alcanzaria para regresar hasta la casa. Además, María estaba cansada. El viaje la había agotado. Deseaba soledad y descanso.

No encontraron albergue ni en casas ni en posadas. Por razón del empadronamiento muchas gentes de otras localidades y de los campos alrededores habían llegado a Belén y pernocaban en la ciudad.

Pero en los alrededores habían grutas, parajes abrigados en las lindes de los bosques o viejas construcciones ruinosas y pobres, muchas de las cuales habían sido convertidas, en aquella tierra de pastoreo, en establos. En éstos, había paja en los pesebres.

En uno de estos establos, en cuyo campo cercano no pastaban sino un buey manso y humilde y una mula, entraron José y María para pasar la noche. Ataron el asnillo junto a uno de los pesebres, y María se tendió en la paja, rendida de sueño y de cansancio.

A los últimos fulgores del día, devoraron su ración de frutas y de queso y se dispusieron a pasar la noche.

Sobre las pajas humildes, secas, tostadas por el Sol de los campos, que la primavera y las lluvias habían hecho brotar en los campos, nació, al filo de la media noche, Jesús.

La mula y el buey, con su vaho, lo calentaron en las horas frías de la madrugada.

Los pastores llegaron, cantando, hasta el pesebre y el Niño tomó leche recién ordeñada, que ellos le trajeron.

Después llegaron los Tres Magos de Oriente, a quienes condujo la extraña y misteriosa estrella.

Vino después la huida a Egipto y en seguida, muerto Herodes, el persecutor, la vuelta y la infancia en Nazaret.



La adoración de los Reyes

A Jerusalén llegaron los Reyes en trece días. La preguntaron a Herodes que dónde estaba el Mesías, que dónde estaba el Mesías, que dónde estaba el Mesías.

Trece días con sus noches caminaron los tres Reyes. Por norte llevan la estrella que los guía y los defiende, que los guía y los defiende.

Herodes les dice: —Salir a buscarle y dadme la nueva que quiero adorarle.

Herodes les dice: —Salir a buscarle y dadme la nueva, que quiero adorarle.



Cuento De Navidad

Sara y Toni vivían en un pueblo del centro de Europa. Su hogar era alegre y feliz. Pero un día llegó allí la guerra. Una guerra cruel y mala como todas las guerras. Un bombardeo arrasó casas enteras, y muchas familias se quedaron sin hogar.

Los padres de Sara y Toni, antes de caer prisioneros, buscaron y llamaron a sus hijos. Pero, como iban a encontrarlos si habían quedado los dos solitos, medio sepultados en un montón de ruinas?... Y cómo iban a oír los chicos a sus padres en medio de tanto ruido? Unos vecinos los sacaron de entre unos escombros y se quedaron a vivir en un pequeño rincón de su casa destruida. Pocas cosas poseían ahora Sara y Toni: el traje que llevaban encima, algún mueble destrózado y una caja donde guardaban juguetes y figuras con que otros años hacían el Nacimiento.

Se acercaba la Navidad. No la podían celebrar ahora sin sus padres, sin dinero, sin nada... Pero, a pesar de todo, colocan las figuritas encima de un montón de paja y ponen alrededor una guirnalda de ho-

jas de acebo. Desde su casa ven el bosque de abetos, pero ellos no tienen ni uno para poderlo colocar sobre el nacimiento, como es costumbre en aquel país. Con este pensamiento, los dos hermanitos se acuestan. Un montón de paja y hojarasca les sirve de cama. Antes de dormir rezan juntos y piden al Niño por la suerte de sus padres.

En el bosque viven unos enanos. Saben que Sara y Toni son muy buenos, que viven solos y que les gustaría tener un abeto. Durante la noche cortan uno para llevarlo a los niños. Los enanos van por el bosque muy contentos. Saben la alegría que van a tener los dos pequeños cuando encuentren el abeto en su casa.

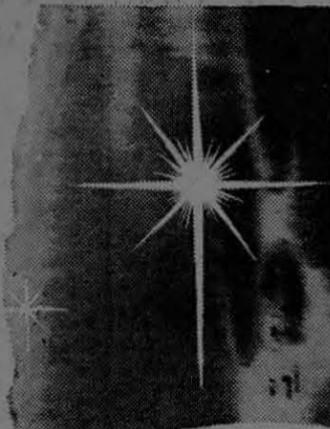
Sara y Toni duermen acurrucados. Cerca de ellos están las figuras de su belén. Encima de ellas colocan los enanos el abeto y luego regresan al bosque. Al poco rato llegan unas abejas y colocan en el árbol unas velitas encarnadas. Luego llegan unas arañas y tejen hilos estrellados

de seda sobre el abeto. Sara y Toni ignoran lo que pasa en su casa aquella noche, víspera de Navidad. Duermen todavía.

Bajan ángeles del cielo, y mientras unos cuelgan en el árbol verde juguetes y golosinas, otros encienden las velitas. Qué bello aparece ahora el abeto, así cargado e iluminado!

Es Navidad. Los niños se despiertan y quedan sin poder hablar ante aquella maravilla. Se arrodillan y susurran una breve oración. En seguida llaman a sus amigos para que vean el prodigio. Acuden y juntos entonan cantos alrededor del abeto.

En aquel mismo instante, los padres de Sara y Toni, que habían quedado en libertad, encuentran por fin a sus hijos. Los abrazan y piden al Divino Niño que aleje para siempre de los pueblos la guerra, que tantos males ocasiona y que separa sin piedad a los que se quieren.



SAN NICOLAS



"Tira Cómica" enviada por el señor Manuel Aguilar Vargas de Coto 54.

# Cosas del Niño Dios

## Regalo De Navidad

Juan y María se lamentaban en la cocina —comedor de no tener un centavo— para comprarle un regalito de nochebuena a su hijito de seis años. Era 23 de Diciembre y el año había sido malo, quizá el más malo que conocieran Juan y María en sus doce años de casados. A duras penas habían logrado sortear el hambre y el frío; pero para los niños, es a veces más duro el frío espiritual de una Navidad sin un juguete, que el frío de una dura cama sin cobijas. Gracias al enorme esfuerzo de sus padres, Enriqueito no sentía el crudo invierno de diciembre, protegido por las gruesas cobijas, que tejieron con amor las dulces lágrimas de su madre y el varonil sudor de Juan. Entre sus sueños infantiles, Enriqueito se veía recibiendo de manos de Tatica Dios, un magnífico perrito adornado con un rosado lazo que le rodeaba el encrespado pescuezo... Pero Enriqueito no sabía, que al día siguiente, día de Navidad, sus padres no tenían un centavo para comprarle el regalito que tanto deseaba; que el Niño Dios no podría venir a tocar a su puerta; y que sentiría frío a pesar de las cobijas, que sentiría frío en el alma...

Para Juan y María, aquella noche del 23 de Diciembre fue una noche triste, fue una noche negra poblada de pesadillas, que se interrumpían apenas en uno que otro despertar de lágrimas amargas, de lágrimas de padre.

El quiriquirí del gallo rojo anunció la llegada del nuevo día; la llegada del 24 de Diciembre. Los viejos peldaños de las escaleras crujieron levemente bajo las ligeras pisadas de unos pisecitos descalzos que se escurrieron hasta el cuarto de sus padre entre gritos de alegría: "Mama... Papá... Hoy viene el Niño Dios... Me soñé que me iba a traer un lindo perrito con un gran lazo rojo... Y que le ibamos a poner Capitán... Y hoy viene... Por fin... y hoy viene..." Seguía gritando alegremente, en tanto que sus padres apenas podían contener las lágrimas. Haciendo un esfuerzo sobrehumano para librarse del nudo que oprimía su garganta, Juan se sentó sobre la cama y alzando al niño por la cintura le dijo firmemente: "Sí, mi hijo de mi vida, hoy viene, tiene que venir; a pesar de la nieve, a pesar del frío, y a pesar de que somos... pobres... estoy seguro de que a pesar de todo vendrá". María estalló en sollozos abrazando a Enriqueito, quien no comprendía el llanto de su madre... "No llores mamita linda, no llores que a ti también te traerá un lindo regalito... El es muy bueno... No llores mamita, no llores..."

Vistiéndose rápidamente, Juan se puso sus ordinarios botas ya desclavadas por el tiempo... y por el uso, y salió corriendo de su casa oyendo cada vez más débilmente el llanto ahogado de su esposa y las dulces palabras de su hijito... "No llores mamita, no llores..."

Caminando sin rumbo por los pobres pedregales del campo, se encontró de repente frente a un río que nunca había visto.

Asombrado se detuvo mirando al cielo, y arrodillándose sobre los duros guijarros de

la orilla elevó sus brazos y exclamó: "Ayúdame Dios mío... Ayúdame..." De pronto, un débil ladrido llegó hasta sus oídos. Se levantó presurosamente y paseó su mirada ansiosa en derredor. Sí, ahora lo oía claramente, el ladrido era cada vez más fuerte y lastimero; y súbitamente, entre las turbias aguas vió una cabezita negra con blanco que luchaba desesperadamente por no hundirse. Sin pensarlo un minuto, Juan se lanzó sobre las aguas y nadando contra la corriente se acercó al perrito asistiendo por las orejas y llevándolo a la orilla. Era un lindo perrito de escaso un mes, blanco con negro, y de largas y lanudas orejas que le cubrían el pescuezo. Juan lo puso bajo su



chaqueta cariñosamente, y el suave tambor del cuerpecito mojado fué desapareciendo poco a poco. Loco de felicidad, Juan co-

trió a tropesones hasta su casa, y llamó a María que se encontraba trabajando en la cocina. Enriqueito, estaba en su cuarto, soñando con Tatica Dios, y con su regalito de Navidad. La pobre mujer lloraba de alegría mientras, con un pedazo de su vestido viejo, hacía un encantador lazo que puso al cuello del perrito mientras jugueteaba alegremente con sus hilos... Al fin tenían el regalito de Navidad para su hijito... y arrodillándose los dos, dieron gracias a Dios por su bondad. El día Transcurrió en un constante juego al escondido, para evitar que Enriqueito viera el regalito que le traería Tatica Dios, y entre los alborozados carcajadas de los padres que se sentían los seres

más felices de la tierra... Y llegó la noche... La Noche Buena... Y no hubo pesadillas, ni hubo llanto, ni hubo irio en la casa de Juan.

En las primeras horas de la mañana, un alegre ladrido tomó el lugar del perezoso gallo, y Enriqueito se tiró de su cama bajando velozmente las escaleras y gritando: "Capitán... Capitán... Ya te traje, ya te traje el Niño Dios... Por fin... Por fin..." Y entre lágrimas y besos juguetearon todo el santo día.

El tiempo transcurría en la más completa felicidad, siempre juntos, niño y perro. Por las mañanas, el leal Capitán acompañaba a Enriqueito hasta la escuela, corriendo alegremente a su lado, y regresando luego a la casa donde María le tenía preparado su festín de carne y huesos. Por las tardes, Capitán era el primero en darse cuenta que Enriqueito se acercaba a la casa. Lo esperaba echado sobre el piso de la sala, y de pronto paraba sus largas orejotas, movía alegremente el rabo, y corría hasta la puerta ladrando y levantando sus patas delanteras. La puerta no tardaba en abrirse, y Enriqueito aparecía en el umbral quitándose sus embotados zapatos para no ensuciar el piso. Después de algunas alegres vueltas alrededor de su amo, Capitán recogía los zapatos del suelo y subía la escalera velozmente regresando luego con los "Caites" limpios... Y así fueron pasando los días... Y fueron pasando las noches... y fué pasando el tiempo.

Cierta día, Enriqueito enfermó gravemente. Juan y María trataron desesperadamente de curarlo, y trajeron médicos y trajeron medicinas... Pero la enfermedad era grave. Capitán. Con las orejas gachas, no se separaba ni un minuto de su lado, reposando su cabeza sobre el duro piso. El niño empeoraba, y el perro no comía ni dormía un segundo. Siempre junto a su amo.

Una triste mañana de julio; el niño exhaló su último suspiro entre los brazos de sus desesperados padres. A sus pies, como una estatua inmovilizable, lloraba en silencio Capitán.

Los siguientes días fueron tristes. Juan y María no salieron de su casa abandonados a su terrible pena; y el pobre Capitán, flaco de no comer, no se separaba de la cama vieja... Y pasaron los meses... Y llegó Diciembre.

Un venticillo alegremente frío se filtraba por todos los rincones, como tratando de dor un poco de vida a aquella casa fantasma. Era 24 de Diciembre, pero Juan, y María, y Capitán, no parecían darse cuenta de nada... De pronto, las orejas de Capitán se enderezaron bruscamente. Su rabo se agitó con alegría, entre ladridos y saltos corrió hacia la puerta, y recogiendo algo que no se veía, corrió velozmente escaleras arriba, regresando al poco rato con los viejos "Caites" de Enriqueito, y depositándolos junto a la puerta abierta, que estaba ahora iluminada por una claridad celestial.

Aunque no lo veían... Había vuelto. El Niño Dios lo había traído. ERA EL REGALO DE NAVIDAD.

Alvaro Fernández L.

### El pastor y la virgen

(León)

Camina la Virgen pura,  
camina para Belén;  
en el medio del camino  
pidió al Niño de beber.

Qué chascarrascas, que dijo Melchor  
que dijo Gaspar, también Baltasar,  
que por ser la Pascua de Reyes  
que buen aguinaldo nos tiene que dar.

—No pidas agua, mi Niño;  
no pidas agua, mi bien,  
que las aguas vienen turbias  
y no se pueden beber.

Allá arriba, en aquel alto,  
hay un seca naranjel;  
el pastor que las guardaba  
era ciego y no las ve.

—Dame, ciego, una naranja  
para este Niño beber.  
—Coja una, coja dos,  
coja las que es menester.

Tantas como el Niño coge,  
tantas vuelven a nacer.  
—Toma, ciego, este pañuelo,  
limpia los ojos con él ;

vele, ciego, para casa;  
verás hijos y mujer;  
la mujer como una rosa,  
los hijos como un clavel.



### NO HAY POSADA

Si, como parece seguro, tanto José como María tenían en Belén parientes, irían confidados en que alguno de ellos les prestaría alojamiento en su casa, para esperar en ella la hora de dar a luz al Salvador del Mundo. No fue así, y "habiéndose ido a los suyos, los suyos no le recibieron". Tal vez la afluencia inmensa de gente en un pueblo tan pequeño les sirvió de obstáculo o al menos de pretexto para no recibir huéspedes de quienes en aquella ocasión podrían esperar muy poco provecho.

Por esto José y María tuvieron que dirigirse al han, a la posada. Pero con sumo dolor suyo fueron también de ella despedidos por falta de sitio para ellos.

Siendo muchos los que, desatienden otras genealogías

menos importantes se jactaban, y con razón de pertenecer a la de David, la principal de todas, de cuyas ramas tenía que nacer la Flor del Mesías, habían confluído a Belén muchos más peregrinos de los que cómodamente podían alojarse. Algunos, sin duda, serían varones principales y de muchas pretensiones, de quienes los hospederos podrían esperar buenas y fuertes recom-

pensas. En cambio José y María eran y parecían pobres: no era fácil que ningún vecino se resignase a cederles por un precio ordinario alojamiento en su casa.

Desechados, pues, de todas partes, se recogieron, tal vez como otros muchos de la plebe, a una gruta cerca de la posada, y quizá perteneciente a ella, dispuesta para recibir en casos apurados a transeúntes, pastores, y otra gente de esta clase que no quiere gastar mucho en posadas.

Una tradición, de las más auténticas de los Santos Lugares, que de ningún modo puede negarse, muestra esta cueva o gruta a los peregrinos, único sitio que en toda la Tierra pueden encontrar el dueño del universo para salir al mundo.



## Los pastores que supieron...

Los pastores, que supieron que el Niño estaba en Belén, se dejaron las ovejas y empezaron a correr.

Los pastores y zagalas caminan hacia el portal, llevando llenos de frutas los cestos y el delantal.

La Nochebuena se viene, la Nochebuena se va, y nosotros nos iremos y no volveremos más.

Los pastores, que supieron que el Niño quería fiesta, hubo pastor que rompió tres pares de castañuelas.

Los pastores daban saltos y bailaban de contento, y mientras, los angelitos tocaban los instrumentos.

La Nochebuena se viene...

Los pastores de Belén todos juntos van por leña para calentar al Niño que nació en la Nochebuena.

Todos le llevan al Niño; yo también le llevaré una torta de manteca y un jarro de pura miel.

La Nochebuena se viene...



## Canción de Navidad

Venid, queridos niños, enhorabuena a cantar villancicos de Noche Buena; contentos que los dulces acentos del Niño granjean el cariño del cielo y hasta el hombre le sirve de gran consuelo.



## Pa Belén camina

(León)

Pa Belén camina la Virgen María y a San José lleva en su compañía Amantes tan finos no son de olvidar. Antes de las doce a Belén llegar.

Mientras caminaba se hizo de noche, rugía el viento, temblaba de frío.

Amantes tan finos no son de olvidar. Antes de las doce a Belén llegar.

Apenas llegaron a la gran ciudad, llamaron las puertas pidiendo posada.

Amantes tan finos no son de olvidar. Antes de las doce a Belén llegar.

A la medianoche nació el buen Jesús. Los ángeles, cantan con gran alegría.

Amantes tan finos no son de olvidar. A las doce en punto Jesús ya nació.



## La pastora Catalina

La pastora Catalina también lleva su regalo, de naranjitas de China, un borriquito cargado; de naranjitas de China, un borriquito cargado.

Pastores, venid; pastores, llegad, a adorar al Niño, que ha nacido ya.

Un pastor vendía leche y otro, batatas cocidas, otro, roscas mantecadas, y otro, cuarto de arropía, otro, roscas mantecadas, y otro, cuarto de arropía.

Pastores, venid; pastores, llegad, a adorar al Niño, que ha nacido ya.



## No lloréis, mis ojos

No lloréis, mis ojos, Niño Dios, callad, que si llora el cielo, ¿quién podrá cantar?; que si llora el cielo, ¿quién podrá cantar?;

Vuestra Madre hermosa que cantando está, llorará de pena si ve que lloráis; enjugad las lágrimas nácar celestial, que si llora el cielo, ¿quién podrá cantar?;

De aquellas montañas descendiendo van pastores cantando por daros solaz, Niño de mis ojos, ea, no haya más, que si llora el cielo, ¿quién podrá cantar?;



## Entre el buey y la mula

Entre el buey y la mula Dios ha nacido; en un pobre pesebre le han recogido.

La mula deja el heno y el buey la paja; hay seres que a los hombres dan enseñanza.

Estas cuatro pajitas son venturosas que en ellas han nacido perlas preciosas.



## Ay por Dios, Señor José

Ay por Dios, Señor José no le bese usted en la cara no le vaya usted a hacer daño con esas barbas tan largas.

Pastores, venid pastores llegad a adorar al Niño a adorar al Niño que ha nacido ya.

## Los Tres Reyes Magos

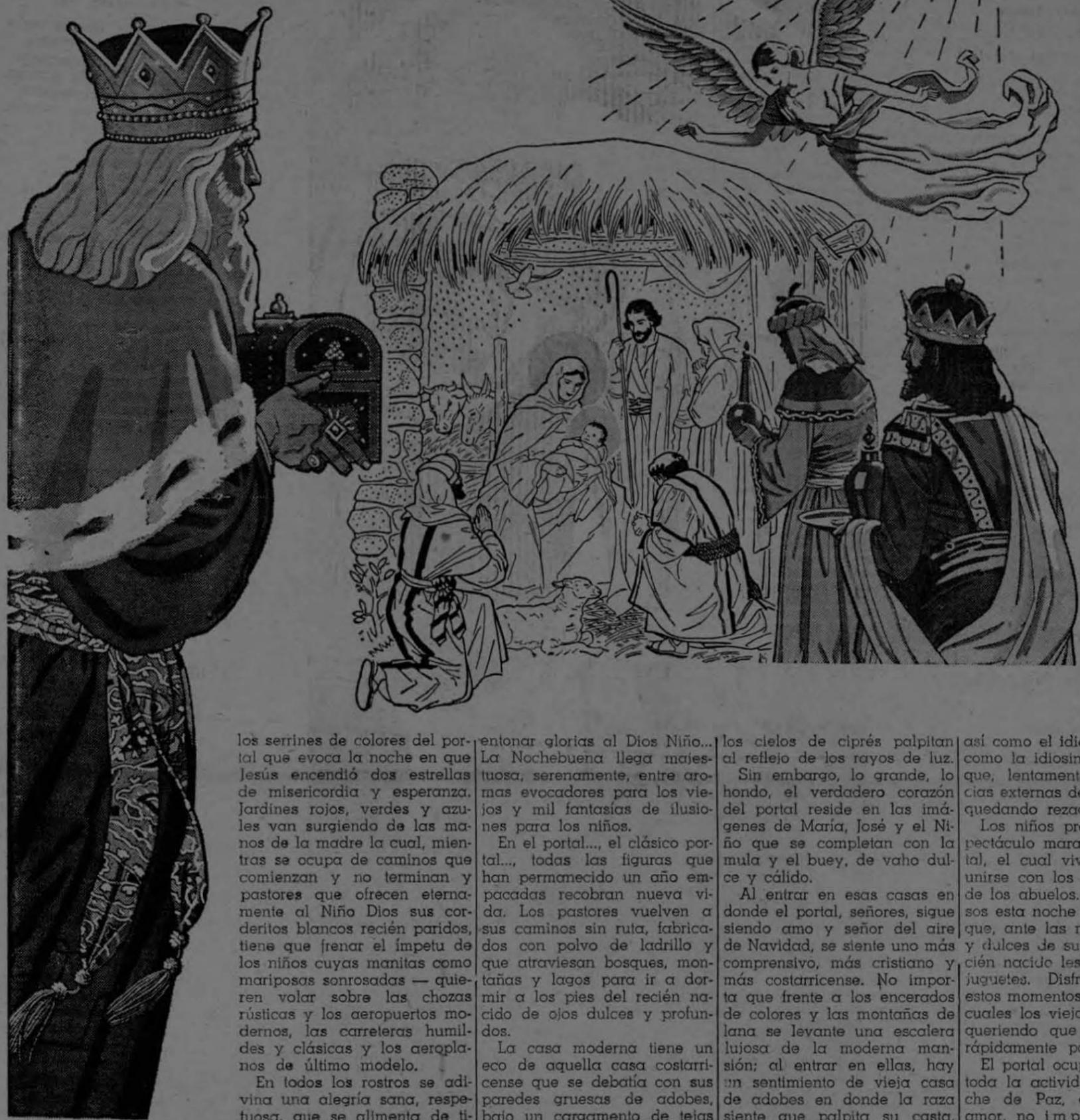
—Yo soy Gaspar. Aquí traigo el incienso. Vengo a decir: La vida es pura y bella. Existe Dios. El amor es inmenso. Todo lo sé por la divina Estrella!

—Yo soy Melchor. Mi mirra aroma todo. Existe Dios. El es la luz del día. La blanca flor tiene sus pies en lodo. Y en el placer hay la melancolía!

—Soy Baltasar. Traigo el oro. Aseguro, que existe Dios. El es el grande y fuerte. Todo lo sé por el lucero puro que brilla en el dilema de la Muerte.

—Gaspar, Melchor y Baltasar, callaos. Triunfa el amor, y a su fiesta os convida. Cristo resurge, hace la luz del caos y tiene la corona de la Vida!

# Los Portales De Navidad



los serrines de colores del portal que evoca la noche en que Jesús encendió dos estrellas de misericordia y esperanza. Jardines rojos, verdes y azules van surgiendo de las manos de la madre la cual, mientras se ocupa de caminos que comienzan y no terminan y pastores que ofrecen eternamente al Niño Dios sus corderitos blancos recién paridos, tiene que frenar el ímpetu de los niños cuyas manitas como mariposas sonrosadas — quieren volar sobre las chozas rústicas y los aeropuertos modernos, las carreteras humildes y clásicas y los aeroplanos de último modelo.

En todos los rostros se advina una alegría sana, respetuosa, que se alimenta de tiras brillantes y las luces de colores enredadas en las ramas de los cipreses. Que surge del canto navideño que rústico y destemplado llega desde la calle.

Un sentimiento de paz de cosa grande, aletea tras el gesto simple y sencillo de un niño sonriendo.

Y a mi señor San José... le han comido los calzones...

...Van las sombras llegando a los campos mientras que una a una se encienden en el cielo las estrellas en constelaciones... Los niños llegan poco a poco al silencio..., las miradas se pierden en las nubes que rápidamente cruzan el cielo nocturno a impulsos de la brisa de diciembre, en que figen diademas de brillantes los astros. En las nubes comienzan a adivinarse figuras evangélicas... La Virgen María que lleva en brazos al Niño; San José que está construyendo una cruz, el Niño corre tras tres ovejas que saltan juguetonas unas rocas; un camello inmenso lleva sobre su lomo a ángeles que parecen

entonar glorias al Dios Niño... La Nochebuena llega majestuosa, serenamente, entre aromas evocadores para los viejos y mil fantasías de ilusiones para los niños.

En el portal..., el clásico portal..., todas las figuras que han permanecido un año empacadas recobran nueva vida. Los pastores vuelven a sus caminos sin ruta, fabricados con polvo de ladrillo y que atraviesan bosques, montañas y lagos para ir a dormir a los pies del recién nacido de ojos dulces y profundos.

La casa moderna tiene un eco de aquella casa costarricense que se debatía con sus paredes gruesas de adobes, bajo un cargamento de tejas y barro. La lana y el ciprés ponen una nota definitiva en el ambiente que se sube a la cabeza de todos. Unos recuerdan otras salas de otras casas en otras épocas. Aquella tenía más sabor. El mismo perfume del ambiente lo rebela. Cada vez los olores van quedando más reducidos. Aquellos portales que oían a cohombro, a mandarinas, a frutas, a lana y ciprés sólo conservan el aroma de estos últimos que son los que rebelan a todos, grandes y chicos, que esta noche es distinta, que en ella se oyen en el aire el canto de los pastores y de los ángeles los cuales tiene la virtud de hacer a los hombres más hombres, de endulzar las miradas y de preparar las lágrimas para poder brotar. Ahora el portal se acompaña de juguetes más modernos. Trenes eléctricos que trafican incesantemente por las vías que serían un verdadero sacrilegio en los campos de Galilea, pero que en ellos son naturales, alegres, evocadores. Luces eléctricas que dan mayor fantasía a las figuras. Estrellas de colores que sobre

los cielos de ciprés palpitaban al reflejo de los rayos de luz.

Sin embargo, lo grande, lo hondo, el verdadero corazón del portal reside en las imágenes de María, José y el Niño que se completan con la mula y el buey, de vaho dulce y cálido.

Al entrar en esas casas en donde el portal, señores, sigue siendo amo y señor del aire de Navidad, se siente uno más comprensivo, más cristiano y más costarricense. No importa que frente a los encerados de colores y las montañas de lana se levante una escalera lujosa de la moderna mansión; al entrar en ellas, hay un sentimiento de vieja casa de adobes en donde la raza siente que palpita su casta, en donde su ideología, su tradición, duerme durante toda la vida y se muestra de esos viejos olores a serrín, lana y ciprés. En donde una religión de sacrificio palpita constantemente en canciones a un tierno recién nacido, que semeja un botón de rosa entre las pajas del pesebre. En donde la mula y el buey son una lección constante del mundo y de los hombres, dando su reverencia y prestando su aliento al Rey; que es verdadero Rey, mientras que los hombres se inclinan ante monarcas falsos y gobernantes ímpios.

Esa vieja tradición que pareciera desdichadamente, que cede terreno ante el avance de costumbres sajonas, no nuestras más fáciles, como es la de la Corona de Navidad en la ventana de la casa y el arbolito de luces y bombas brillantes en la sala. Esa vieja tradición que representaba el esfuerzo, para la Navidad, de toda la familia en conseguir pequeños juguetes, lana, serrín, parásitas para el portal del Niño Dios. Que representa para nosotros una cosa

así como el idioma castellano, como la idiosincracia latina y que, lentamente, por influencias externas de actualidad va quedando rezagada.

Los niños presencian el espectáculo maravilloso del portal, el cual vive y respira al unirse con los relatos bíblicos de los abuelos. Esperan ansiosos esta noche de milagros en que, ante las miradas alegres y dulces de sus padres, el recién nacido les dejará nuevos juguetes. Disfrutan inquietos estos momentos fugaces en los cuales los viejos se recuerdan queriendo que no pasen tan rápidamente para los niños.

El portal ocupa el centro de toda la actividad en esa Noche de Paz, esta noche de amor, no importa que sea grande o pequeño, con figuras costosas y fabricadas dificultosamente por viejos o niños con toscos pedazos de madera. En todos los portales se encuentran, en cada figura, en cada montaña fingida, en cada camino dibujado, una evocación, un punto de ensueño por donde la fantasía lleva a todos...

La noche oscura y las estrellas brillantes en esta noche de Navidad. El viento frío con ecos de cantes de pastores de lejanos tonógrafos. Un sabor familiar en la boca y un aroma de manzanas, a turrón y a ciprés..., y los niños, los eternos niños que llenan, que forman y que son el alma de la Noche Buena, mirando con ojos asombrados el portal de su casa, en donde un Belén americanizado se abre como una flor de tradición y de espiritualidad, como una ofrenda de nuestra raza al milagro de que un Dios naciera entre los hombres, en un pesebre y calentado por el vaho perfumado de un buey y una mula...

Jorge VARGAS GENE

En el portal de Belén hay un nido de ratones...

La copla que viene en el aire en esta noche aromada a ciprés, manzanas e incienso se pierde enredada entre los dedos plásticos del viento frío...

Cuatro jovencuelos raposos cantan bajo un árbol desdibujado por la tarde parlácea que cabecea sabrosamente sobre un almidón de nubes blancas que se visten de púrpura en la hora crepuscular.

¡Hay! Quién fuera ese ratón que en el portal de Belén, le mordisquea el pantalón a mi señor San José...

Piensa un viejo octogenario que se reclina en una poltrona a la puerta de su casa mientras en las pupilas de muchos años se adivina una añoranza de ochenta Nochebuenas.

En el portal de Belén. En el interior de la casa la madre da el último toque a

# EL REGALO DE LOS REYES MAGOS

Por O. HENRY

Un colón y ochenta y cinco centavos. Eso era todo. Y de ello, setenta centavos en monedas de cinco centavos. Centavos economizados de uno en uno, regateando al tendero y al vendedor de legumbres, lo mismo que al carnicero, hasta sentir arder de vergüenza las mejillas. Tres veces contó Luisa su capital. Un colón y ochenta y cinco centavos. Y al día siguiente sería Día de Navidad.

No le quedaba otra cosa que hacer sino acostarse en el viejísimo diván y ponerse a llorar, y eso fue lo que hizo Luisa. La casa de Luisa, es un pobre apartamento de diez colones a la semana. Con una palabra la describiremos en la mejor forma: "paupérrima".

En la entrada había un buzón donde ninguna carta podía entrar, y un timbre eléctrico que ningún dedo lo podía hacer sonar. También había una tarjeta con el nombre: "Dr. Enrique Alzamora y Fuentes".

El "Alzamora" había sido usado durante los tiempos buenos, cuando su dueño tenía un sueldo de dos mil colones al mes. Ahora, cuando los ingresos se habían reducido a trescientos, las letras "Alzamora" parecían borrosas co-

mo si pensarán seriamente en reducirse a una humilde "A", sin pretensiones.

Luisa dio por terminado su llanto, se empolvó las mejillas con la mota deshilachada. Se acercó a la ventana, y miró sin interés un gato gris que caminaba sobre la cerca gris de un patio gris. Mañana sería Día de Navidad y ella sólo tenía un colón con ochenta y cinco centavos para comprarle a Quique un regalo. Había economizado durante largos meses centavo a centavo, con aquél triste resultado. Trescientos colones al mes no dan para mucho. Los gastos fueron mayores de lo que había calculado.

Había una tira de espejo en la pared entre las dos ventanas del cuarto. Tal vez haya visto el lector uno de esos pedazos de espejos propios de una vivienda de diez colones por semana. Una persona muy delgada y muy ágil, podría ver su propio reflejo como una rápida sucesión de ondulaciones longitudinales, y adivinar su propia figura. Como Luisa era esbelta, había llegado a dominar ese arte.

De pronto se separó de la ventana y se plantó frente al espejo. Sus ojos despedían brillantes destellos, pero su rostro había perdido el color. Rápidamente se soltó la cabellera y la dejó que cayera a todo su largo.

Ahora bien, había dos cosas que tenían los esposos Alzamora y Fuentes y que les llenaba de orgullo. Una era el reloj de oro de Quique, que había pertenecido a su padre y a su abuelo. La otra, era la cabellera de Luisa. Si la reina de Saba hubiese vivido del frente, Luisa habría dejado colgar por la ventana su cabellera para que se le secara, y para comprarla con ventaja a las joyas y adornos de Su Majestad. Si el Rey Salomón, hubiera sido el portero, con todos sus tesoros amontonados en el sótano, Quique habría consultado su reloj cada vez que pasara frente a la portería, sólo para verlo muriéndose de envidia.

Así, el pelo de Luisa caía ahora bellísimo, brillante como una cascada de aguas color castaño. Luego se lo recogió de nuevo rápidamente y con gesto nervioso. Vaciló un instante y se mantuvo inmóvil mientras que una o dos lágrimas caían sobre la raída alfombra roja.

Se puso su vieja chaqueta color pardo y su viejo sombrero del mismo color. Con un giro de su enagua, salió como una exhalación y bajó las escaleras, hacia la calle.

En el lugar donde se detuvo había un rótulo que decía: "Salón de Belleza. Toda clase de cabellos postizos". La dueña, enorme, demasiado blanca y muy fría.

—¿Quiere usted comprar mi pelo? —preguntó Luisa.

—Compro pelo —dijo la dueña. Quitese el sombrero, y deje que examine su cabellera.

Cayó a raudales el cabello castaño.

—Veinte colones —dijo la dueña, levantando la gran masa de pelo con mano experta.

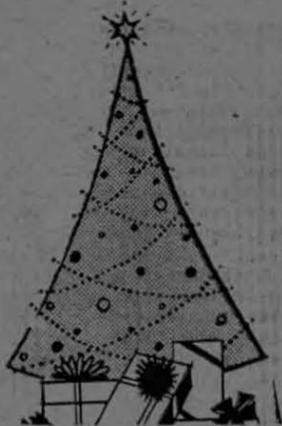
—Démelos usted pronto —dijo Luisa.

Durante las dos horas siguientes anduvo volando, con alas color de rosa. Estaba como tratando de saquear las tiendas, en busca del regalo para Quique.

Al fin lo encontró. No había duda de que era especial para él y para nadie más. No había visto cosa igual en ninguna de las tiendas, y eso a pesar de que las había revuelto todas. Era una cadena como de platino, sencilla y sobria. No era una imitación vul-

gar, sino como deben ser las cosas buenas: Hasta era digna del reloj. Le costó veintidós colones, y pudo regresar a su casa con los ochenta y cinco centavos restantes. Con esa cadena en su reloj, Quique podría sacarlo en presencia de cualquiera. A pesar de lo grandioso que era el reloj, con frecuencia al ver la hora, lo hacía a escondidas para que no se viera su vieja correa de cuero.

Cuando Luisa llegó a su casa, se tranquilizó un poco. Sacó sus tenacillas de rizar y encendió el gas para dedicarse a reparar, en lo posible, los destrozos hechos por su generosidad y su amor a su marido.



## VILLANCICO DE PASTORES

Venid, pastorcitos, corriendo llegad, gozosos vayamos a Dios a adorar.

Tocad el pandero, tocad el rabel, que mañana es fiesta y al otro también.

Dejad los rebaños, la labor dejad, que el Rey de los cielos ha nacido ya.

En un portalito cercano a Belén adoran al Niño la mula y el buey.

Duerme Jesusito y velan por El su madre María, su padre José.

Zagales, zagales, pastoras, pastores, le llevan al Niño corderos y flores.

Y miel de panales y pan candeal. Y en labios de todos el mejor cantar.

Le dan calorcito la mula y el buey; suspira María, sonríe José.

Y los pastorcitos adoran a Aquel que murió por todos y nació en Belén.

Federico Torres

Al cabo de cuarenta minutos, su cabeza se hallaba cubierta de rizos pequeñitos y muy cercanos los unos de los otros, que le daban un aspecto picaresco y colegial. Contempló su imagen en el espejo largo tiempo, con cuidado, sin perder detalle.

—Si Quique no me mata —se dijo— dirá sin duda que parezco una bailarina de teatro barato.

Quique nunca llegaba tarde. Luisa dobló la cadénita en su mano y se sentó a esperar en la esquina de la mesa, cerca de la puerta por la que él tenía que entrar. Oyó sus pasos en la escalera y se sintió palidecer. Tenía la costumbre de rezar sencillas oraciones por las cosas más insignificantes, y su plegaria fue ahora ésta: "Dios mío hazle pensar que todavía sigo siendo bonita".

Se abrió la puerta, y Quique entró. Se veía demacrado y serio. El pobre hombre sólo tenía veintidós años, y ya pesaba sobre sus hombros la carga de una familia. Le hacía falta un nuevo sobretodo y los zapatos estaban viejos y gastados.

Quique cruzó la puerta y se quedó inmóvil como un perro de cacería al oler su presa. Tenía los ojos fijos en Luisa, y había en ellos una expresión que ella no comprendía y que la llenó de terror.

Luisa brincó de la mesa y fue a su encuentro.

—Quique, amor mío —exclamó. No me mires así. Decidí cortarme el pelo y venderlo, porque me habría sido imposible pasar la Navidad sin hacerte un regalo. El cabello me crecerá muy pronto, y estoy segura de que no te disgustarás. ¿Verdad? Tenía que hacerlo así. El cabello me crece con mucha rapidez. Dime "Feliz Navidad", Quique, y seamos felices. No sabes qué bonito, qué precioso regalo te tengo!

—¿Te has cortado el cabello? —preguntó Quique, emitiendo las palabras con dificultad, como si aún no se hubiera dado cuenta de aquel hecho evidente, después del más duro esfuerzo mental.

—Me lo corté y lo vendí —dijo Luisa. ¿Acaso no te gusto ya como antes? Soy la misma de siempre, sin mi cabello, ¿verdad?

Miró Quique por todo el cuarto, con curiosidad.

—¿Dices que te has deshecho de tu cabellera?, dijo con aire casi de idiotez.

—Es inútil que la busques —dijo Luisa. Ya te he dicho que la vendí. Esta noche es Nochebuena. Sé bueno conmigo, porque la vendí por tí. Tal vez se podrían llegar a contar mis cabellos —siguió diciendo con seriedad dulcisima—, pero nadie puede llegar a contar mi amor por tí. ¿Comemos, Quique?

Quique pareció salir súbitamente de un estado hipnótico. Abrazó a su Luisa y sacó un paquete del bolsillo de su sobretodo y lo puso sobre la mesa.

—No vayas a equivocarte, Luisa, acerca de mí —dijo. No creo que un corte de pelo, una rapada o un champú pueda hacer que me guste menos mi mujercita. Pero si desenvuelves ese paquete, comprenderás por qué me sentí desconcertado durante algunos momentos.

Con sus ágiles y blancos dedos rompió la cinta y el papel de la envoltura. Entonces se escuchó un estático grito de alegría; y luego, ¡ay!, un cambio instantáneo y muy femenino a lágrimas y lamentos de histeria.

Porque ahí estaban Las Peinetas, el juego de peinetas, laterales y de atrás, que Luisa, en ferviente adoración, se había pasa-

do las horas contemplando en el escaparate de una tienda. Bellas peinetas, de legítimo carey, con los bordes enjovados, justamente de matiz adecuado para llevarse con la bella cabellera desaparecida. Y ahora, ya eran suyas, pero se habían ido las trenzas que debían engalanar los ambiciosos adornos.

Pero las oprimió contra su pecho, y al fin pudo levantar los ojos, todavía algo borrosos, sonreír y decir luego: "El pelo me crece muy pronto, Quique!".

Y entonces Luisa saltó como una gatita chamuscada y exclamó:

—Oh, oh!  
—Quique no había visto todavía su bello regalo. Se lo presentó llena de ansiedad sobre la palma de su mano.

—¿No es precioso, Quique? Anduve buscándolo por toda la ciudad hasta dar con él. Ahora tendrás que ver la hora cien veces al día. Dame tu reloj. Quiero ver cómo se ve con la cadénita.

En lugar de obedecer, Quique se desplomó sobre el canapé, se puso las manos bajo la nuca, y sonrió.

—Luisa —dijo—, guardemos nuestros regalos de Navidad y conservémoslos algún tiempo. Son demasiado buenos para que podamos usarlos por ahora. Vendí el reloj para conseguir el dinero con que comprarte las peinetas. Y ahora, ¿qué te parece si empezamos a comer?



## Todos le llevan al Niño

Los pastores que supieron que el Niño estaba en Belén, se dejaron las ovejas y empezaron a correr. Los pastores y zagalaz Caminan hacia el portal llevando llenos de frutas los cestos y el delantal. Los pastores que supieron que el Niño comía uvas, hubo pastor que le trajo cien canastas de granuja. Los pastores que supieron que el Niño quería fiesta, hubo pastor que rompió tres pares de castañuelas. Los pastores daban saltos y bailaban de contento, y mientras, los angelitos tocaban los instrumentos. Los pastores de Belén, todos juntos van por leña para calentar al Niño que nació en la Nochebuena. Todos le llevan al Niño; yo también le llevaré una torta de manteca y un jarro de pura miel.

## ¡Vamos Pastorcillos!

Vamos, pastorcillos, prontos a Belén, que ha nacido el Niño para nuestro bien. Démonos priso; pronto a marchar, pronto y con brío el paso alargar. Envuelto en panales y en pobre lugar, según dijo el ángel, lo hemos de encontrar. Con celestes voces he oído entonar: "¡Gloria en las alturas y a los hombres paz!" ¡Oh, mi Niño hermoso, oh Dios inmortal, has nacido humilde y en este portal! Aunque yo te vea en este lugar, sé que es grande el Reino que habrás de ocupar. Y así, entre las pajas de un pobre portal quedan mis amores ¡oh Dios inmortal!

## Villancico

En el portal de Belén hacen lumbre los pastores para calentar al Niño que ha nacido entre las flores.

Pastores, venid; zagales, llegad; y veréis y veréis al Niño que ha nacido ya; y veréis y veréis al niño que está en el Portal.

## PIRULO

